

Volumen XI

Julio 1.º de 1915

Número 106

REVISTA
del
COLEGIO MAYOR
de
Nuestra Señora del Rosario

Publicada bajo la dirección
de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA
Imprenta Eléctrica. 168, calle 10
MCMXV

Contenido

Pío X, el Modernismo y Santo Tomás	P. MARTÍNEZ VÉLEZ
Jesús al cristiano	EMILIO R. SADIA, S. J.
El paseo del poeta	FRANCISCO M. RENJIFO
Algo de historia de la filosofía moderna	JOSÉ TOMÁS ESCALLÓN
Anhelos	PACÍFICO CORAL
¿Por qué?	MIGUEL ROIGT
José Triana	MANUEL AYA
Un nuevo libro.	
Doctor Antonio Gutiérrez Rubio.	
En manos de usureros.	
Centenario de un colegial ilustre.	
El reverendo Padre Santiago Páramo.	R. M. CARRASQUILLA
Recuerdo.	
Importante circular.	

REVISTA

del

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Bogotá, julio 1.º de 1915

Pío X, el Modernismo y Santo Tomás⁽¹⁾

(FRAGMENTOS)

La obra de Pío X

Pío X ha muerto. El mundo aborrece al Pontificado, pero no puede sustraerse al dolor universal por la muerte del Papa; porque es la Iglesia una institución divina que se impone por su grandeza: *mole sua stat*; y el tránsito de su primer representante de la tierra al cielo, tiene que ser por necesidad un hecho que llame la atención de todas las gentes. *Non omnis moriar*, dijo el poeta; y de Pío X hay que decir que de la muerte ha pasado a la inmortalidad. Deja en pos de sí una obra imperecedera, y ha tenido, como los grandes hombres, la gloria de morir en el martirio; que martirio es, y el más grande, la prisión del Vaticano con todas las garantías que prometió, y no siempre cumple, el Gobierno de la Nueva Italia. Por esta razón podríamos aplicar a Pío X los siguientes enérgicos versos que León XIII compuso en honor de san Gregorio VII:

Justitiam tuli; certamina longa, labores,
Ludibria, insidias, aspera quaeque tuli;
At fidei vindex non flectar; pro grege Christi
Dulce pati, ipsoque in carcere dulce mori.

(1) Sentimos no publicar íntegro, por falta de espacio, el estudio del sabio P. Martínez Vélez. No hemos suprimido sino desarrollos, muy útiles, pero no indispensables para el pensamiento del autor.



El Pontificado es inmortal y también la obra de Pío X. Su programa fue como el del Apóstol San Pablo: *restaurar todas las cosas en Cristo*; y en esta obra suprema, que es la confiada por Dios a la Iglesia, no desfalleció el gran Pontífice ni en un solo momento. *At fidei vindex non flectar*. Defensor y restaurador de la fe, no sucumbió jamás en tan sublime obra.

Y como en la obra de los Pontífices hay una continuidad y sucesión admirable, a la manera que la hay en la vida, de ahí también que la obra suprema de Pío X, de restaurar todas las cosas en Cristo, fuese a la vez la continuación mejor y más maravillosa de la labor gigante del inmortal León XIII. Desde la primera encíclica *E superni Apostolatus cathedra* hasta el último *Motu proprio* sobre el estudio de Santo Tomás, que es como el canto del cisne de Pío X, no ha hecho este gran Pontífice sino proseguir de la manera más homogénea, más rápida y ejecutiva, las geniales iniciativas de León XIII en conformidad con las necesidades de la Iglesia, para restaurar de este modo todas las cosas en Cristo, camino, verdad y vida de las sociedades.

Nosotros no nos vamos a ocupar de toda la labor de Pío X, sino tan sólo de la que desplegó para detener los avances de un seudomodernismo eclesiástico, y promover, como el mejor remedio, el estudio de Santo Tomás de Aquino.

Pío X y el modernismo

La encíclica *Pascendi* llenó de estupor al mundo. No es sólo un documento de autoridad; lo es también de profunda doctrina. El Papa en ella no condena como juez los errores del modernismo, sin antes haber demostrado como doctor las razones de su sentencia. Por esto la encíclica indicada no es sólo un documento de autoridad como el Decreto *Lamentabili*, el *Syllabus* del siglo XX, sino también de sólida y elevada sabiduría.

Empieza el Papa manifestando su deber sacratísimo de guardar intacto e inmaculado el depósito de la fe, frente a las profanas novedades del lenguaje y a las contradicciones de la falsa ciencia, lamentando a la vez que los enemigos, cuyo número es enorme y radical su propósito de trastornar el reino de Jesucristo, no hay que buscarlos ahora en el campo abierto de la incredulidad, sino, lo que es más doloroso, en el seno y corazón mismo de la iglesia. "Nós hablamos, dice el Papa, de un gran número de católicos laicos, y, lo que es aún más de llorar, de sacerdotes, que bajo la apariencia de amor a la Iglesia, y no teniendo sólida base teológica y filosófica, antes al contrario, impregnados hasta la medula de sus huesos del veneno de los errores tomados de los adversarios de la fe católica, se erigen, con desprecio de toda modestia, en renovadores eclesiásticos, y, en apretadas falanges, dan audazmente el asalto a todo lo que hay de más sagrado en la obra de Jesucristo, sin respetar su propia persona, a la que rebajan con temeridad sacrílega, hasta la simple y pura naturaleza humana."

Dejando aparte las intenciones de los modernistas, cuyo juicio somete el Papa al de Dios, pasa aquél a examinar sus doctrinas y su consiguiente manera de hablar y obrar, y en vista de todo, por sus errores doctrinales, por su refinada, insidiosa y pérfida táctica de no exponerlos metódicamente, esparciéndolos aquí y allá, y de amalgamar el racionalismo con el catolicismo, por su vida toda activa y asiduidad ardorosa en los estudios, por la general limpieza y severidad de sus costumbres, y por su empeño en atribuir a puro celo por la verdad lo que únicamente es obra de obstinación y orgullo, afirma el Papa que los modernistas son los peores enemigos de la Iglesia católica.

Doctrinas de los modernistas

¿Cuáles son? ¿Cuáles sus causas? ¿Cuáles sus remedios? Tal es el propósito del Papa en su encíclica *Pascendi*.

Para proceder con orden en la exposición y trabazón lógica de estas doctrinas, advierte el Pontífice que en el modernista hay que distinguir varios personajes, que en ellos andan mezclados y confundidos: los de filósofo, creyente, teólogo, historiador, crítico, apologeta y reformador.

Como filósofos los modernistas son fenomenistas y agnósticos, a la manera de Kant, Spencer y el Protestantismo llamado liberal. La razón—dicen—no puede traspasar el fenómeno; y Dios, por tanto, no puede ser objeto directo de la ciencia ni sujeto inmediato de la historia.

Con estas afirmaciones se derrumba toda metafísica de lo trascendente, la teología natural y la apologetica cristiana. No sabemos si Dios existe, ni si Jesucristo es Dios; todos los argumentos de razón para probar la existencia de Dios, todos los motivos exteriores que hacen creíble la Revelación, la Revelación divina misma exterior y trascendente al hombre, y el mismo poder cognoscitivo de la razón humana, todo sucumbe con la negación agnóstica de los modernistas y con su desprecio del olvidado pero robusto *intelectualismo*.

Y no reparan que caen en la siguiente inevitable contradicción: negar el poder de la razón que prácticamente exaltan, y explicar la historia sin Dios, ignorando si Dios ha intervenido en la historia. ¿No merecía la condenación de la Santa Sede?

Pero el agnosticismo, añade el Papa, no es sino la parte negativa de los modernistas; la positiva es lo que ellos llaman (y por cierto tautológicamente) *inmanencia vital*, consecuencia necesaria de su agnosticismo. No pudiéndose, dicen, explicar la religión por motivos trascendentes al hombre, habrá que buscar la explicación en el hombre mismo; y como la religión no es sino una forma de la vida humana, ésta es la causa y fuente única de la religión. De aquí el principio de la *inmanencia religiosa*, que no es más que la necesidad de lo divino que *siente* el hombre y cuyo sentimiento radica

en la *subconciencia* y sólo en circunstancias favorables se manifiesta en la conciencia humana.

No explican de otro modo la religión James, Eucken, Hoffding, Boutroux, Bergson y todos los tratadistas contemporáneos de filosofía e historia de la religión, cuya metafísica (la de aquéllos) no es substancialista ni intelectualista. Blondel y todos los partidarios de su filosofía de la inmanencia y de la inacción, los neoneumanianos de un evolucionismo poco homogéneo, y los neopascalianos de un cierto dogmatismo moral poco definido, y, en general, todos los defensores de la apologetica psicológica inmanentista llamada *nueva* en oposición a la objetiva y metafísica tradicional de San Agustín, Santo Tomás y los grandes apologetas antiguos, no defienden tan paladinamente como los anteriores filósofos el origen puramente subjetivo y humano de la religión; pero mientras no renuncien a su sistema y vuelvan a velas desplegadas al tradicional, no están en terreno firme, y no harán sino defender la religión, con grave riesgo y peligro de comprometerla y de perder la causa. Si la mentalidad contemporánea no comprende la metafísica antigua, la solución no es sacrificar la religión en aras de una mentalidad transitoria y pasajera, que es lo que ha hecho Le Roy, sino apoderarse de todo lo aceptable en el pensamiento moderno, tener en cuenta sus orientaciones y necesidades, y adaptar a ellas la antigua y siempre nueva doctrina, para traer por este medio las armas a la verdad y a Dios.

No obraron así los modernistas, no conservaron la fe pura ni tuvieron la templanza de respetar la doctrina antigua que desconocían, e ir, a causa de ese mismo desconocimiento, por caminos más o menos aceptables, aunque poco sólidos, pero aceptables al fin dentro de la ortodoxia, como Gratry, Bougaud, Ollé-Laprune y varios otros apologetas del siglo XIX, todos los cuales carecieron de la dicha de vivir en tiempos en que pudiesen beber la doctrina antigua en sus más puras y limpias fuentes, pero fueron amantísimos de la Iglesia y re-

conocieron siempre la autoridad de su magisterio. Los modernistas cayeron así de bruces en los errores de los adversarios, y el Papa no podía menos de intervenir, e intervenir.

Supuesto lo dicho, fácil es comprender que la fe y la revelación no son para los modernistas sino el sentimiento religioso o de Dios que aparece en la conciencia, a causa del estímulo de la necesidad que sentimos de lo divino. Dios presente en ese sentimiento y revelándose a la conciencia, es propiamente la revelación; el sentimiento mismo de la divina presencia dentro de nosotros mismos es propiamente la fe. No son, pues, para los modernistas motivos de credibilidad, sino simples antiguallas, los criterios extrínsecos tradicionales, el milagro y la profecía; ni admiten otro criterio de verdad, ni otra regla de fe que lo que ellos llaman *conciencia religiosa*, criterio, regla y norma de la misma autoridad superior de la santa Iglesia.

Lo *incognoscible*, agregan los modernistas, no se presenta a la fe desnudo y puro, sino bajo una forma o fenómeno que en cierta manera traspasa los dominios de la ciencia o de la historia, y no puede fácilmente compaginarse con sus ordinarias leyes. Entonces la fe, atraída por lo *incognoscible*, diviniza el fenómeno y lo transforma en divino. La ciencia y la historia, dicen, nada hallan en Cristo fuera del hombre. Es la fe la que le ha hecho Dios; y la crítica histórica debe tener esto presente para darnos la verdadera idea de Cristo, *desfigurado* por la fe. . . .

Progresando la vida, se perfecciona también el sentimiento religioso; y aquí está el origen y desarrollo de toda religión, aunque se llame sobrenatural: en la simple evolución del sentimiento religioso, según el proceso de la misma vida. Así nació la religión cristiana en la conciencia de Cristo, como fruto espontáneo de su naturaleza humana; que Cristo, aunque hombre perfectísimo como no habrá otro, no fue más que hombre, a lo menos para la ciencia histórica. Así enseñan los mo-

modernistas, y ello no es sino la destrucción y negación más completa de la existencia y necesidad del orden sobrenatural, y la exaltación más insensata de las fuerzas del hombre, para despeñarlas mejor desde tan gran altura en la sima del agnosticismo y de los demás errores.

Pero en el acto de fe, ¿no tiene lugar el entendimiento? Sí, responden los modernistas; *pensar* la misma fe y *elaborar* cada vez más precisa y definitivamente el propio pensamiento religioso. Aquí está el origen y evolución del dogma y de las fórmulas dogmáticas. Pero no se olvide que estas fórmulas no tienen sino un valor puramente *simbólico* e *instrumental*, por no poder contener sino en inadecuada imagen la verdad absoluta, y no ser sino simplemente medios o vehículos de la verdad en orden a los creyentes. Y como la verdad no puede conocerla sino parcialmente el hombre, y como la vida y mentalidad humanas están sujetas a la vicisitud y variabilidad, no siendo las fórmulas dogmáticas sino símbolos y medios de la vida y por tanto de la verdad religiosa, si han de ser aquéllas comprensibles y vitales, no pueden menos de estar sujetas a la mudanza y variación del hombre en su letra, o por lo menos en su sentido. La inmutabilidad objetiva de la fe y el progreso de los fieles en la fe, única verdad posible en este asunto, no es sino una contradicción y un imposible para los modernistas, supuesto su absoluto y duro subjetivismo religioso, o mejor dicho, su falso sentimentalismo religioso.

El modernista creyente

El modernista filósofo no sabe si la realidad de lo divino existe o nó en sí mismo, fuera del ánimo del creyente. Pero el modernista creyente sabe, por su particular experiencia, que lo divino existe en sí mismo y por sí mismo dentro y fuera de los creyentes. Y como esta experiencia la tienen muchos en su religión respectiva, dedúcese que todas las religiones son verdaderas, y lo más que se puede decir de la cristiana es que es la más

perfecta. A este absurdo metafísico y teológico llegan los modernistas por aceptar como criterio de verdad, en el orden religioso, una experiencia falible y contradictoria.

Además, para los modernistas como para el pragmatismo, verdad y vida son una misma cosa, de donde se desprende, como dice la encíclica, que todas las religiones existentes son verdaderas, pues de lo contrario, no vivirían...

Con esto se entenderá que los modernistas no resuelven el problema de las relaciones entre la razón y la fe, sino negándole y cortando, como vulgarmente se dice, el nudo gordiano, en vez de desatarle. No afirman la unidad de la verdad, dentro de la distinción de los dos órdenes, el natural y el sobrenatural; sientan, al contrario, como los averroístas, condenados en el Concilio V Lateranense, un verdadero dualismo o teoría de las dos verdades, y dicen que ese problema no existe, ni tampoco ningún conflicto ni armonía entre la razón y la fe, por la sencilla razón de que el objeto de la una es distinto y separado del de la otra, y, en último caso, si el conflicto es inevitable, debe la fe subordinarse a la ciencia, es decir, lo superior a lo inferior.

Con esto se comprenderá que la teología de los modernistas tiene forzosamente que estar viciada por la inmanencia, el simbolismo y la evolución, tales cuales ellos la entienden. Dios no es sino algo inmanente en el hombre; Cristo, como hombre, tuvo que ir formando su conciencia poco a poco y en conformidad con su país, su raza y su tiempo; la Iglesia y los sacramentos no han de considerarse instituidos por el mismo Cristo; la Iglesia no es sino un producto de la conciencia religiosa, a la cual debe, por consiguiente, subordinarse, sino ha de ser tiránica, ni ha de romperse la unidad de la vida, la cual exige esa subordinación, a semejanza de la de los estados a los ciudadanos; siendo, por último, diferentes los fines del estado y la Iglesia, temporal el del uno y espiritual el de la otra, deben separarse, pues

su unión, si fue conveniente cuando respondía a la mentalidad antigua, hoy es funesta, por ser distintas nuestras ideas sobre la Iglesia y el estado, al modo que sobre la ciencia y la fe. Y así como la fe debe subordinarse a la ciencia, así también la Iglesia y el estado, y, en todo caso, a la conciencia de los individuos, como ya se ha dicho, y sobre todo de los que están más en contacto con la vida y mejor conocen sus necesidades.

Innecesario es decir que la encíclica refuta y condena con la mayor energía y en nombre de la revelación, del dogma y de la ciencia cristiana, tan desastrosos errores.

El modernista historiador, crítico y apologista

Corolario es de lo dicho sobre el modernista filósofo, lo que debe ser como historiador y crítico. Todo acontecimiento, dice, debe ser posterior a la necesidad que le dio origen, y desarrollarse en el transcurso del tiempo con arreglo a las leyes de la evolución. Todo esto está muy bien dicho.

Pero, ni todo en el mundo obedece a la necesidad, ni es posterior a ella, ni la evolución, como la entienden los modernistas, está confirmada por la ciencia natural e histórica. Cabalmente hoy, Darwin y Spencer, los padres legítimos de esta parte del patrimonio de los modernistas, están en plena decadencia ante el tribunal de la filosofía.

Asimismo se desprende de su filosofía la apologética de los modernistas.

Al incrédulo—dice alguno de ellos—hay que conducirlo de tal modo, que logre de la religión católica aquella *experiencia* que para los modernistas es el único fundamento de la fe. Dos caminos hay para ello: *objetivo* el uno y *subjetivo* el otro. El primero supone ciertamente el agnosticismo, pero lleva a demostrar en cualquiera religión, y especialmente en la católica, una *virtud vital* que obliga al psicólogo, al historiador y al hombre de buena fe a admitir algo *incógnito* en la vida e historia de aquélla.

Para esto es preciso demostrar la identidad de la religión católica con la fundada por Cristo, salvo el progreso natural de la semilla sembrada por el fundador. La semilla de Cristo fue el anuncio y predicación del reino de Dios, el cual reino había de constituirse en breve, siendo Cristo su Mesías, autor y ordenador enviado por Dios. La semilla cristiana quedó *inmanente* y *permanente* en la religión católica, y fue poco a poco desarrollándose y adaptándose a las circunstancias, tomando de éstas y asimilándose *vitalmente* las formas doctrinales, culturales y eclesiásticas, que le eran útiles, y sobreviviendo a toda suerte de contradicciones y luchas. En todo lo cual, aunque se guarden las leyes de la evolución, ellas no bastan para explicarlo, y así cualquier hombre imparcial no podrá menos de ver lo *incógnito* en la historia de la Iglesia.

De este modo creen los modernistas defender el catolicismo, no echando de ver que es por los mismos principios y caminos falsos con que Harnack, maestro en este punto y otros de Loisy y otros muchos, le combate con sus libros *Historia de los dogmas* y *Esencia del Cristianismo*. ¡Lucido método histórico el de la apologetica de los modernistas! Nada extraño que ellos mismos, con un método histórico tan mal entendido y aplicado, vean en la Iglesia muchas cosas que ofenden los ánimos. Y así han dicho que en materia dogmática hallan errores y contradicciones, si bien añaden que son excusables, y aun lo que es más sorprendente, que son más razonables y justos.

En los libros santos—dicen—hay errores científicos e históricos; pero en ellos no se trata de ciencias e historia, sino solamente de religión y moral. Las ciencias y la historia no son sino los velos que recubren las experiencias religiosas, y los medios para su propagación en el vulgo, al cual le sería más nociva que provechosa una ciencia o una historia más perfecta que la de su tiempo. Por otra parte—añaden—los libros sagrados, siendo por su naturaleza religiosos, son esencialmente

vivientes, y su vida es su verdad y su lógica, distinta, por cierto, de la verdad y la lógica racional, pues consiste en su proporción con el medio ambiente en que se vive y con el fin para que se vive, y todo lo que se explica por la vida, es verdadero y legítimo.

¡Otra vez el pragmatismo de los modernistas, tan falso y endeble en sí, pero tan en armonía con su aún más falso y endeble principio fundamental positivo de su tautológica *inmanencia vital*! ¡Como si la vida no fuese acción inmanente, ni por serlo, haya de ser criterio de la verdad! Nada extraño que en este punto la encíclica les recuerde las enseñanzas del Concilio Vaticano y San Agustín sobre la unidad de la verdad, la inspiración de los libros santos y su consiguiente y necesaria inerrancia. Admitiendo una falsedad en los libros santos, no quedará en todos ellos partícula que humanamente no parezca difícil de creer o de practicar. Por esto los libros santos han quedado, como santos, reducidos a la nada ante el racionalismo disolvente de los protestantes.

Pero los modernistas prosiguen impertérritos en el abismo que ellos mismos labran, para que en él perezca lo que tratan de defender. Llegan a decir que en los libros santos (y entre otros, en San Mateo) se aducen, para probar, doctrinas, argumentos sin base racional como las profecías, las cuales sólo pueden justificarse por el ya referido criterio de la vida, como recursos de la predicación cristiana. Más aún: Cristo erró manifiestamente sobre la próxima venida del reino de Dios, creencia general entonces y de la que Cristo no se eximió, por estar sujeto a las leyes de la vida, a su evolución y adaptación continua. Y esto le salva, porque la verdad para los modernistas no consiste, como que se ha visto, en conformarse con la realidad y no equivocarse, sino adaptarse a la ley de la vida; ley que para ellos no es la verdad en su sentido recto entendida, sino simplemente la fatalidad del hecho, el cual, de suyo, es forzosamente la vida y la verdad!...

Y así van los modernistas, de derrumbadero en derrumbadero y de abismo en abismo, admitiendo falsedades y contradicciones en los dogmas, y pretendiendo a la vez, vanamente, salvarlos con una interpretación exclusivamente moral y humana a lo Le Roy, y con la falsa lógica que ellos llaman vital, y que no es sino la pragmatista de James y Schiller, verdadera carcoma de toda robusta metafísica realista y de toda sólida y profunda dogmática. Apelan también, para justificar las supuestas contradicciones de los dogmas, a su ya indicada relativa verdad *simbólica*, por la que los dogmas no son sino varios de los *infinitos* aspectos del Infinito, en su inmanente manifestación en la vida. Y, finalmente, llegan a confesar sin ambage ni rebozo alguno, que no puede honrarse al Infinito, al Incognoscible, más dignamente que por la contradicción, o sea afirmando de él las contradicciones posibles.

No fue ni pudo ir tan lejos Hegel, y así, con razón sobrada, dice la encíclica: Admitida la contradicción, ¿qué absurdo no se admitirá?

Algo más afortunados andan los modernistas, cuando van por los caminos o argumentos que llaman *subjetivos*. En esto, como en todo, vuelven a echar mano de su doctrina de la *inmanencia*, y trabajan para convencer al hombre de que en sí mismo, en lo más recóndito de su naturaleza y vida, late un deseo y necesidad de religión, y no de una religión cualquiera, sino de una tal como la católica, única que puede satisfacer la exigencia de una vida perfecta, o, mejor dicho, de un desarrollo vital perfecto. Fuera de la teoría de la inmanencia, nada hay aquí reprochable, dice la encíclica, si la capacidad o conveniencia del hombre para el orden sobrenatural que, con las oportunas atenciones, demostraron siempre los apologistas católicos, no se confunde con una real y genuina exigencia, como malamente lo hacen los modernistas llamados *integralistas*, los cuales llegan torpemente a decir que en el hombre, aun no creyente, se halla oculto el mismo germen que

estuvo en la conciencia de Cristo, y de Cristo se transmitió a los hombres.

Tal es el escollo que muchos han creído ver en Blondel, y que, en nombre de la revelación y de la teología, rechaza y condena el Papa, como demoleedor de lo sobrenatural cristiano.

La reforma del modernismo

Harto clara es en todo lo dicho la tendencia o espíritu esencialmente reformador, o, por mejor decirlo, trastornador y revolucionario del modernismo.

Pretende reformar la filosofía en los seminarios, relegando la Escolástica a un capítulo de la historia, y poniendo en su lugar la filosofía moderna, la de los neokantianos, la última, la verdadera y la que mejor responde, según el modernismo, no según la verdad, a las necesidades de nuestros tiempos. En teología quiere, por tanto, fundar la especulativa, no en la escolástica inmortal y perenne, sino en la filosofía moderna, y la positiva en la historia de los dogmas, a la moderna y contra toda la verdad interpretados y explicados, aun en la sencilla catequesis. En el culto, dice que se deben disminuir las devociones externas, sin tener en cuenta la prudencia que en esto debe seguirse para no arruinar la devoción interior, sin fijarse en que de la interior nace la devoción exterior, sin pensar que, si hay algún exceso, nadie puede eficazmente remediarlo sino la autoridad eclesiástica, y que es indisoluble la unión y ligazón íntima del dogma, la moral y el culto, ya interno, ya externo. Clama por que el régimen eclesiástico se armonice con la conciencia moderna, que tiende a la democracia, sin fijarse en lo que hay de falso en la conciencia y democracia modernas, en que la Iglesia es la madre de la verdadera democracia, en que ésta no puede jamás dirigir bien, sino que debe ser bien dirigida, y, por último, en la necesidad de que el poder eclesiástico tenga el origen y naturaleza distintos de los del poder civil, que le asigna la Tradición y

la Escritura, si no ha de apagarse el faro de la verdad en el mundo y éste no ha de perecer en el abismo del error, de la barbarie y de la consiguiente destrucción y aniquilamiento más espantoso. Quiere, por fin, el modernismo, que se prefiera la vida activa a la contemplativa, que el clero vuelva a la antigua humildad y pobreza evangélicas, y que se suprima el celibato en el sacerdocio; sin comprender que la acción sólo será grande y provechosa si la precede y la acompaña y la sigue la oración; que los bienes del clero, si se emplean como la Iglesia quiere, no están reñidos con la humildad y pobreza evangélicas, y además responden a necesidades que jamás llegarán a satisfacer el estado ni la caridad privada, por lo cual, y por otros títulos, su adquisición y posesión son legítimas y necesarias; y, por por fin, que si el celibato tiene accidentalmente algunas desventajas, esencialmente y por naturaleza, reporta tantos y tan necesarios bienes, imprescindibles en el plan de salvación de la Iglesia, que es una necesidad moral para el buen desempeño de la misión de los sacerdotes, especialmente en la administración del sacramento de la penitencia, regenerador en su esencia, de la sociedad, pese a los protestantes, a Nietzsche, a Vaz Ferreira y a todos sus contradictores.

El modernismo reformador tuvo un símbolo en la novela *Il santo*, de Fogazzaro.

Definición del modernismo

Expuesta la trabazón lógica del modernismo, y hecho ver que admitidos sus errores fundamentales se siguen todos los demás que constituyen su enseñanza y sistema, ante la multitud de ellos, dice con razón el Papa, que el modernismo es el conjunto de todas las herejías, pues no sólo destruye la religión católica sino todo vestigio de religión. De aquí, añade el Pontífice, los aplausos de los racionalistas al modernismo.

Y, a la verdad, con el agnosticismo, principio inicial de los modernistas, se cierra al entendimiento del hom-

bre el camino para ir a Dios, y se abre insensatamente al sentimiento y a la acción. Pero, ¿quién no ve la falsedad de esta doctrina? El sentimiento responde siempre a la acción de un objeto propuesto por la inteligencia o por los sentidos. Si se quita el entendimiento, no dominará en el hombre sino el sentido engañoso y la pasión destructora.

El auxilio que los modernistas buscan en la *experiencia*, no hará sino más vehemente y desenfrenado el sentimiento religioso, porque esa experiencia de la verdad no es, al fin y al cabo, más que puro sentimiento y gusto de la verdad misma o de lo que se cree verdad, y como sentimiento, ciego y guía de otro ciego, al modo que lo es el sentimiento mismo religioso, cuando no va acompañado de motivos racionales algo más fuertes que la simple experiencia interna de cada uno. Ejemplo elocuente es la historia del protestantismo en este particular aspecto.

Consecuencia de la inversión fatal de las facultades y funciones del alma en la filosofía y la religión, es la irreligión y el ateísmo impíos, y tal es el despeñadero de los errores psicológicos de los modernistas en materias religiosas, despeñadero a que van ellos a parar también con su doctrina del *simbolismo*. Porque si todos los elementos intelectuales no son sino símbolos e imágenes imperfectísimas de las cosas, ¿no será también un simple símbolo la idea y el nombre de Dios y de la personalidad divina? Pues si fuera así, la vía está abierta para el panteísmo, una de las fases o máscaras del ateísmo.

Y al panteísmo también conduce la teoría modernista de la *inmanencia divina* en el hombre, porque, si Dios no es además trascendente, Dios es todo y todo es Dios, y por tanto, Dios no es sino el mismo hombre, o algo menos que el hombre, porque, en resumidas cuentas, en la teoría modernista Dios no sería sino un sentimiento humano sin realidad exterior, objetiva y propia, al menos conocida, porque Dios es *incognoscible...*

Y a este mismo desolador término conduce irremisiblemente la distinción modernista entre la ciencia y la fe, basada en la incapacidad del entendimiento para conocer a Dios y toda substancia y sér metafísico, y en la absurda e insostenible capacidad que para ello se concede al sentimiento ciego.

No sólo la religión, toda filosofía sana y robusta protesta contra semejantes infundadas y desastrosas enseñanzas.

Causas y remedios del modernismo

Lafilosofía de Santo Tomás

¿ Cuáles son las causas del modernismo ? ¿ Cuáles los remedios ? Es lo que estudia la encíclica después de haber expuesto la enseñanza de los modernistas.

Asigna como causas las de todos los errores : intelectuales, la ignorancia de la ciencia católica y la aberración del entendimiento ; morales, una curiosidad dañosa y una refinada soberbia. Al indicar estas causas, describe el Papa los medios condenables prácticos que los modernistas adoptan para la consecución de sus fines, y pasa a prescribir los remedios de tantos y tan graves males.

El primero y principal en orden al estudio es que, con arreglo a la encíclica *Aeterni Patris* de León XIII, la filosofía escolástica, y especialmente la de Santo Tomás, sea el fundamento de los estudios eclesiásticos. Porque "dejar la doctrina de Santo Tomás, especialmente en materia metafísica, no puede hacerse sin gran detrimento."

Nada más ni mejor puede decirse de Santo Tomás. Sin embargo, Pío X, antes de dormir en la paz del Señor, había de dejarnos un documento, que viene a ser como su última disposición testamentaria, para coronar por ella su obra de restauración tomista.....
.....

Apoteosis de Santo Tomás

Pero los efectos de la encíclica *Pascendi*, ya tan saludables y óptimos, tienen que ser mucho mayores para bien de la Iglesia y por tanto de la humanidad, después de ejecutado el último *Motu proprio de su Santidad Pío X sobre el estudio de Santo Tomás*, expedido el 29 de junio de este mismo año, para Italia y adyacentes Islas.

Como es uso, este *Motu proprio* se aplicará a toda la Iglesia, y con él podemos ya decir que Santo Tomás ocupará en la enseñanza católica el puesto que le corresponde, que es el trono y la suprema cátedra del magisterio.

Asistimos a una verdadera apoteosis de Santo Tomás en el campo de la ciencia cristiana. Pío X no se limita, como en la encíclica *Pascendi*, a prescribir la doctrina de Santo Tomás en filosofía y teología, sino que expresa, categórica y autoritativamente ordena y manda que todos los encargados de enseñar la Sagrada Teología en las universidades, liceos mayores, grandes ateneos, colegios, seminarios e institutos, que por indulto apostólico tengan facultad de conferir grados académicos en teología, vuelvan a la antigua costumbre, que jamás, dice, debió haberse suprimido, adoptando como texto la *Suma Teológica* del Angel de las Escuelas. De este modo, dice el Pontífice, florecerá pura e íntegra la doctrina de Santo Tomás en las aulas ; desaparecerá la enseñanza mudable fundada en la autoridad de maestros particulares, con grave daño de la ciencia cristiana ; y la teología recobrará su primitivo esplendor, y las demás ciencias sagradas con ella ; y todos los demás saberes se fortificarán y asentarán sobre fundamentos eternos. Consta, por la experiencia de los siglos, añade el Papa, y se hace cada día más manifiesta, la verdad de este aserto de Juan XXII : "Tomás ha ilustrado a la Iglesia más que los otros doctores ; y de sus libros saca

el hombre más provecho en un año, que durante toda su vida de la doctrina de los demás.”

Así, ciertamente, lo acredita la experiencia. No citaré más que un ejemplo, pero del todo demostrativo. Cuando en España, en su siglo de oro, los estudiantes, perfectamente preparados en las letras humanas, base irremplazable de toda gran educación cultural, pasaban a estudiar la filosofía en Aristóteles, en sus propias y originales fuentes, y después la teología en Santo Tomás, el mejor intérprete de Aristóteles, como hoy mismo está comprobado, el mayor discípulo de San Agustín y el más genial arquitecto de la ciencia de la Revelación, fue tal la profundidad, elevación, anchura y solidez de la cultura española, representada principalmente por los filósofos y teólogos agustinos, dominicos, jesuítas, carmelitanos y de otras órdenes, que desde entonces la cultura no ha tenido igual en el mundo, como no sea en la Alemania de nuestros tiempos; y si en ésta, por el progreso de los mismos, la cultura tiene una extensión que no pudo alcanzar la española del siglo XVI, también es innegable que carece, por lo general, fuera de los católicos, de la solidez y vigor perenne de la de España en su siglo de oro, a lo menos en lo concerniente a los principios más generales y directivos de las ciencias...

Además, si simplemente el cultivo de la filosofía de Santo Tomás ha producido en muy pocos años una escuela tan ilustre como la de Lovaina, gloria de Mercier y de León XIII, ¿qué no podemos esperar cuando la misma teología se estudie por la *Suma* del Santo? Porque conviene que todos sepan y estén convencidos de que la experiencia de siete siglos ha enseñado y demostrado, con toda clase de pruebas, que ese áureo, incomparable e insustituible libro es la mejor concepción didáctica, el mejor texto de teología, y a la vez el mejor instructor y guía en todas las ramas del saber humano, en la filosofía natural, en la ética, en el derecho, en la estética y filosofía de la historia, pues todas, absoluta-

mente todas las ciencias, las hizo servir el genio enciclopédico y metafísico de Santo Tomás de Aquino a su reina y señora en el orden cristiano de la ciencia, la teología.

Podemos, pues, decir que para bien de la Iglesia y de la humanidad, para esplendor de la verdad y dique contra el error, entra Santo Tomás, sol de la sabiduría, a ser plenamente lo que el Señor que le crió y le inspiró, quiso que fuese, como se ve por sus obras: el patrón, el maestro, el doctor y el ángel de las escuelas católicas.

Tal es la apoteosis de Santo Tomás de Aquino por Pío X, feliz continuador, en esta y todas las demás cosas, de León XIII, como éste lo fue de Pío IX, y éste de sus dignos antecesores, los vicarios de Jesucristo.

P. MARTINEZ VELEZ

(Agustino español)

Lima, 1914.

JESÚS AL CRISTIANO

Viento glacial tu corazón azota,
No hay en el mundo amor que te caliente;
Acércate, hijo mío, al fuego ardiente
Que de mi pecho en llamaradas brota.

¿Piensas del mundo en la cisterna rota.
Hallar jugo de amor que te sustente?
Pues no lo encontrarás. Vén a la fuente
De eterna caridad que no se agota.

Yo soy calor y vida de tñ alma:
Si amor lejos de mí buscas errante,
Tu corazón se arrecirá de frío.

Búscala, hijo, en mí, la verdadera calma;
Que nunca encontrarás amor constante
En otro corazón fuera del mío.

EMILIO R. SADIA, S. J.

Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico